
TRATADO DE LAS PASIONES

“Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba nada. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla. Soy mi enemigo.”

Pablo Palacio

La pasión es un padecer. La pasión es una perturbación que se impone sobre el hombre para dominarlo e ir más allá de toda razón. La pasión no es el *ser*, sino el *estar* poseído de un sentimiento pocas veces favorable y mayormente desventajoso para quien la vive. La pasión, en su vehemencia insatisfecha, intenta liberarse de sí misma, pero a través de ella. La pasión no es un pensar, sino un sentir y siempre un vivir bajo la sujeción voluntaria de su prisión. La pasión es un grito mudo, una voz sin voz, esperada y perdida: hundida en un sentimiento incomprensible e irracional para la vida misma. La pasión es la expresión de la sinrazón.

Toda pasión tiene una causa externa que la motiva y desencadena. La pasión no es un yugo espontáneo, surgido de la nada, sino producto de un sometimiento voluntario. La pasión tampoco es un hecho único de pensamiento, sino que requiere de sus elementos racionales para justificarse. Una pasión *real* se le siente, se le vive y se le experimenta. La pasión es un acto voluntario a la que se le sirve y obedece para disfrutarla mejor. No hay pasión real sin vivirla, sin desaforarse plenamente a su satisfacción.

La pasión vive en constante contradicción dialéctica y en perpetuo desgarramiento. La pasión altera, inquieta y busca su realización en la satisfacción. La pasión es un acto y un impulso que altera al más centrado de los hombres, no una enfermedad patológica. Toda pasión tiene un fin propio, concreto y específico, donde se experimenta una sola y no varias a la vez.

El hombre vive la pasión y, como fiel esclavo, le sirve a ella. No existen pasiones permanentes sino que, a lo largo de nuestras vidas, se experimentan varias. Al lograr su satisfacción, la pasión nos libera de ella misma, es decir, del apasionamiento que puede resultar obsesivo y cegador. Y, como un continuo padecer, gracias a la pasión, el individuo se vive y se siente como un ser único.

La pasión se opone a la razón, aunque después la busque para justificar sus actos voluntarios. Pero la razón triunfa sin la plena satisfacción de aquélla.

Para Hegel, nada grande se hace en el mundo sin pasión. Hegel mismo hace serias diferencias a esta categoría, y son: la pasión *mezquina*, la *efímera* y la *grandiosa*. Hegel ve cierta espiritualidad en las pasiones que al materializarse expresan diversas necesidades o intereses humanos. Marx, como el antítesis de la filosofía hegeliana,

considera que la pasión, como padecimiento sensible, busca satisfacer la individualidad y el egoísmo humano y por ello la pasión se convierte en el origen de la alienación; determina, empero, que la pasión se vuelve positiva cuando trasciende de su interés único y particular, a uno consciente, generoso, colectivo y, ante todo, objetivo. Mientras Hegel considera la pasión como una necesidad, Marx la determina como una acción para transformar.

La pasión no cambia ni transforma como lo afirma Marx. La pasión es abstracta en su comprensión; contradictoria en sus postulados; dialéctica en los hechos. Si todos los bienes fuesen socializados, como lo propone Marx, se perdería todo símbolo y poder individual experimentado a través de la pasión; se perdería incluso, el poder metafísico que posee toda pasión posible y con esa probable transmutación social se desapasionaría a la pasión.

Al socializarse, el hombre socializaría también su posible pasión. El hombre ya no sería único, como individuo, y su pasión no sería suya.

Hay tantas pasiones como seres humanos. Los celos, la envidia, la codicia, la venganza, el trabajo, el amor, el odio, etc., son pasiones con características propias, experimentadas individualmente. La pasión no es sólo "la raíz del pecado" como lo afirma el cristianismo de acuerdo a su justificación racional, sino que también las pasiones hacen sentir, al vivirlas, su propia esencia creadora y, con ello, como afirma Carlos Gurméndez, "la mayor virtud de la pasión es hacernos vivir realmente". Con base a las pasiones, se logra introducir a ese misterioso laberinto irracional que es la vida.

Gurméndez, Carlos, *Tratado de las pasiones*,
Ed. Fondo de Cultura Económica,
México, 1986, 280 pp.

Leopoldo Pena

